LA REPÚBLICA

SAINETE

POR A. BENZO y J. DE MIJARES



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 13 MADRID 1907

LA REPÚBLICA

[4]

LA REPÚBLICA

Escenas de la bohemia militar

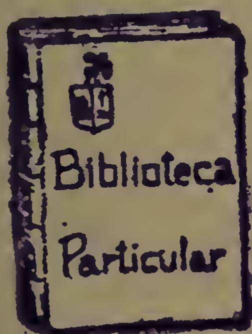
escritas en forma de sainete representable

en un acto y en prosa,

POR

JESUS DE MIJARES y AURELIANO BENZO

Estrenado con éxito en el TEATRO CÓMICO de Cádiz la noche del 26 de Noviembre de 1906





CADIZ

Imprenta de Manuel Alvarez, Cánovas del Castillo, núm. 25

1907

A D. Pablo Parellada,

Autor de "Los Asistentes."

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSSINA, *chanteuse*	Srta. Bosch.
CARLOS, Oficial del Ejército	Sr. Deltoro.
JUÁN, id. id.	» Gallo (E).
MARTÍN, id. id.	» Hernández.
MACARIO, Asistente	» Carro.
CICERÓN, id.	» García.
DON LUCAS, casero	» Gallo (D.)
El Coronel ROLAND	» Bosch.

La acción en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda, las del espectador.



ACTO ÚNICO

Una gran habitación empapelada, en la que viven *en república* tres oficiales solteros, y en la que reina el desorden como nota predominante.

Una puerta al foro comunica con un pasillo: éste conduce por la derecha á la cocina, por la izquierda á la escalera.

Derecha: en primer término, un baul; en la pared una percha con prendas de uniforme; nada de ropas de paisano; en el fondo una cama de hierro muy ancha, una maleta que suple á la mesa de noche y una botella que suple á la palmatoria.

Izquierda: en primer término un balcón practicable; ante el balcón una mesa con papeles, plumas, tintero, otra botella-palmatoria, cuartillas, periódicos, libros, revistas, todo desordenado; en el fondo un catre de tijera; las ropas de esta cama están desordenadas.

Por las paredes, pendientes de clavos y garfios, sables, espadines, bandoleras, revolvers, medias botas, etc. En grandes repisas, cajas de roses, calzado, porta-viandas; todo el ajuar de los inquilinos ha de estar en esta habitación.

Un palanganero con su jofaina, un enorme botijo, una silla de rejilla y un butacón, del que se ven las entrañas de crín vegetal, completan la decoración.

ROSINA viste elegantísimo traje de invierno.

Los oficiales visten trajes de paisano, decentes, pero no elegantes; los asistentes, CICERÓN con su uniforme reglamentario; MACARIO de blusilla; el coronel ROLIND, un elegante *pollo* de 50 años, no ha de cometer la torpeza de usar perilla ni vestir de levita y de chistera; DON LUCAS, usa capa y *bombín*.

CARLOS sentado ante la mesa escribe; usa un gorro de cuartel con galones de teniente; JUAN, completamente vestido, duerme sobre la ancha cama de hierro.

Son las nueve de la mañana de un día de Febrero.

ESCENA PRIMERA

CARLOS y JUAN. Luego CICERÓN y MACARIO.

CARLOS (Que no está conforme con lo que escribe.) ¡Esto es infame! Hasta las musas me vuelven la espalda... ¡Bah! Después de todo, para lo que me dan á ganar... (Tira la pluma y rompe las cuartillas.)

JUAN (Despertando.) Buenos días, ilustre vate. ¿Se trabaja, eh?

CARL. ¡Hola, ilustre Petronio!... Sí, y con poco resultado. Decididamente, no me llaman los dioses por el camino de las letras.

JUAN (Sentado en la cama.) Te equivocas. Tu constancia no puede quedar sin recompensa. (Bostezando.) Triunfarás, y todos te aplaudiremos. (Asombrado al encontrarse solo en la cama.) ¡Calla!... ¿Y Martín?... no está en la cama...

CARL. (Curioso.) ¿Que no está en la cama?

JUAN No... (Palpa cómicamente las ropas para convencerse y mira si se ha caído entre la cama y la pared.) Habrá madrugado para ir al cuartel.

CARL. No: desde bién temprano estoy aquí, luchando por dar forma á esta maldita idea.

JUAN Pues se nos fugó.

CARL. Pero volverá: es de ley. (Reparando.) Oye, y tú ¿cómo estás vestido?

JUAN (Dándose cuenta.) ¡Pues es verdad! Chico, no lo sé: debí llegar anoche rendido, y caería en la cama sin acordarme de quitarme la ropa.

CARL. ¿Donde estuviste?

JUAN En el Kursaal, con Martín y con el capitán Urrutia.. don Ezequiel... Bueno: venian también unas señoritas amigas nuestras. ¡La gran cuchipanda!

CARL. ¡Ya! ¿Celebrábais algún santo?

JUAN No: ni siquiera sé en qué día vivo.

CARL. Ni yo. (Llamando.) ¡Cicerón!

(CICERÓN se presenta en escena frotándose lentamente el cuero cabelludo con las puntas de los dedos. CARLOS al verle:) Quita la hoja, Cicerón.

CICERÓN. (Recitando una lección infantil bien aprendida.) Quince de Febrero: domingo de Piñata: Santos Faustino y Jovita, vírgenes: tiempo lluvioso: forma de gobierno, la misma de ayer: la despensa vacía; no están ustés de servicio.

CARL. Está bien.

(CICERÓN dá media vuelta y desaparece.)

JUAN ¿Has oido?

CARL. Sí.

JUAN (Con desaliento.) ¡Domingo de Piñata!

CARL. Dia tristísimo para nosotros, que no podremos celebrar el triunfo de Momo por falta de dinero.

JUAN (Confiando.) ¿Y nuestro ingenio?

CARL. No lo toman los matatías.

JUAN Pero puede servirnos para discurrir sobre el modo de agenciarnos unas pesetas.

CARL. ¡Es ya tan difícil!

JUAN Sí, lo es; pero no pretenderás que nos resignemos á pasarnos encerrados en casa el Domingo de Piñata?

CARL. ¡Antes la muerte!

JUAN Pues busquemos fondos. (Llamando.) ¡Macario!

CARL. ¿Tienes alguna idea?

JUAN Aún no. Llamo para que me traigan el chocolate.

CARL. ¡El chocolate!

JUAN — Es claro: con el estómago vacío no hay cerebro que funcione.

CARL. — Pero ¡infeliz! ¿No recuerdas que ayer nos comimos entre los tres la última pastilla?

JUAN — Tienes razón. (Levantándose de la cama.)

MACARIO — (Presentándose á la puerta.) ¿Llamaba el señorito?

JUAN — (Algo desconcertado.) No... Sí... Te llamaba... ¿de qué pueblo eres?

MAC. — De Macharmalo.

JUAN — Bueno: marcha.

MAC. — (Rectificando.) Macharmalo.

JUAN — Bueno, hombre, bueno. Puedes marcharte.

MAC. — (Mutis.) ¿Pa qué quedrá saber que de donde soy? (Váse.)

CARL. — ¡Valiente plancha!

JUAN — Regular. Pero no hay que apurarse. Ya comeremos.

(Se oye dentro la voz de MARTIN, que canta uno de los couplets de moda. CICERÓN cruza veloz el pasillo. Vá á abrir.)

CARL. — Ya está ahí ese.

JUAN — El desertor del lecho.

ESCENA II

Dichos y MARTIN

(MARTIN llega. Trae en la mano un artístico jaulón con un palomo, engalanado con lazos rojos. CICERÓN vuelve á la cocina.)

MARTIN — Ilustres repúblicos: buenos días... y buenas noticias.

CARL. — ¿Has heredado?

MART. — Sí: el corazón de una hermosa mujer.

JUAN. — Eso no se come.

MART. — (Enfático.) ¡Animal! (Continuando su peroración.) ...de la criatura más bonita del globo. (A CARLOS.) ¡Ideal, chico, ideal! Alta, rubia, delgada...

CARL. — (Terminando el verso.) ... y muy graciosa, digna de ser morena y sevillana. Conozco el tipo; me lo presentó Campoamor.

MART. — No te burles.

JUAN — ¿Y eso, que es? (Por la jaula.)

MART. — ¿Esto?... (Declamando.) El cronómetro que desde hoy ha de medir las horas felices de la existencia mía.

CARL. — Vienes... folletinesco.

MART. — Como quieras; pero creedme: mi alegría es incalculable. (Se dirije hácia la cama de hierro levantando en alto la jaula.) ¡Vén á ocupar tu puesto, palomo de mi vida!

JUAN — (Alarmado.) ¿Vas á meterlo en la cama?

MART. — (Declamando.) Voy á colocarlo á la cabecera de mi le-

cho, para que me anuncie con su arrullo... melancólico, la llegada de cada nuevo día.

(Cantando.) Dí que es verdad que me quieres
Dílo, Rosina, por Dios...

JUAN (A MARTIN.) Oye: como arrulle demasiado le retuerzo el cuello.

MART. ¡Y yo te levanta la tapa de los sesos!

CARL. ¡Pobre! Estás de remate, hijo mio.

MART. No tomeis la cosa á pitorreo. Escuchadme, y mandadme después á un manicomio.

CARL. Venga. Capítulo primero.

(CARLOS ocupa la silla en actitud espectante. MARTIN se quita el gabán. JUAN se despoja de la americana, chaleco, cuello, corbata y puños, que serán postizos. Pone agua del botijo en la jofaina, y se lava y se peina durante la escena siguiente. Mucha naturalidad).

CARL. Podeis la historia empezar.

MART. Allá vá, pues. Atención.

JUAN ¿Pero es un romance?

MART. (De pié en el centro de la escena.) Anoche, cuando dejé á éste (por JUAN) en la cama, algo... algo mareado...

CARL. ¡Ya!

MART. Me fuí á buscar á mi camarera: ya sabeis, la Isidrina: estábamos citados para irnos al baile cuando cerrasen la cervecería. Por cierto que están haciendo un negocio bárbaro.

JUAN Al grano, al grano.

MART. Bién; iré derecho al grano... y dejaré la paja para tí. El hecho es que acudí á la cita de la Isidrina con media hora de anticipación.

JUAN Como cuando vás al cuartel.

MART. No seas niño; hablo en sério. Yo estaba dando balsones por la acera, cuando ví que de la calle de Alcalá venía á todo correr un cupé del casino, sin cochero y con el caballo desbocado; me sentí valiente, me planté enmedio de la calle y me colgué de las bridas del caballo.

CARL. ¡Bravo!

MART. Es que me daba el corazón lo que iba á suceder. El caballo, al sentirse sugeto, dió un tornillazo de mil demonios, me tiró al suelo, y se estrelló contra un poste del tranvía; cuando me incorporé, oí unos gritos de mujer que salían del interior del cupé; acerquéme, y ofrecí galantemente mi mano á una criatura deliciosa: la ayudé á salir del coche y, toda asustada, se apoyó en mi brazo.

JUAN ¿Iba sola?

MART. Sola. Era Rosina, la bella Rosina: esa *chanteuse* barata que llena con sus retratos en todos los trajes, y hasta sin traje, las páginas de los periódicos sicalípticos.

JUAN ¿E Isidrina?

MART. Buena: gracias. Yo quise acompañar á Rosina: ella se empeñó en entrar en un restaurant: allí reparó sus fuerzas, se repuso del susto, me hizo tomar unas copas de Jerez... y pagó. Yo no pude anticiparme.

JUAN Lo creo.

MART. No tenía más que treinta céntimos. (Enseñándolos.)

CARL. ¡Qué casualidad!

MART. Pero lo extraordinario ha sido el final de mi aventura.

JUAN Ya nos lo figuramos.

MART. ¡Quiá! Ya verás: Rosina consintió en que yo la acompañase hasta su casa: por el camino la hice el amor con arreglo á las circunstancias: y ya me forjaba la ilusión de que aquello era pan comido...

JUAN ¿Pero no...?

MART. Ya verás: llegamos á la puerta: quise subir: se negó: insistí, y entonces me dijo que la esperase en la acera de enfrente. ¡Seis horas ha durado mi centinela! Hasta que por fin, hace un momento, he visto que su balcón se abría, que Rosina aparecía en él, y que con una cuerda descolgaba eso que veis ahí. (el jaulón) y esta tarjeta en que me dice: (Leyendo) «Este palomo será la única llave de las puertas de esta casa. Si después que lo haya usted tenido ocho días á la cabecera de su cama, me lo devuelve en perfecto estado de salud, acaso le autorice para visitarme: entre tanto, es inútil que pretenda llegar hasta mí.

CARL. «El Palomo misterioso.—Novela de costumbres».

JUAN (Tomando la tarjeta de manos de MARTIN.) ¡Y está impresa!

MART. Eso me ha sorprendido: pero yo juzgo que será algún capricho de artista. Calculad, insignes repúblicos, el celo, inteligencia y lealtad, que yo desplegaré para el mayor cuidado de ese cándido despertador que viene á presidir el decorado de nuestra suntuosa estancia.

JUAN ¡Vaya un despertador! Si al menos fuese de oro...

CARL. Con tal de que lo fuese la jaula...

(Pausa.)

JUAN Tengo una idea.

CARL. Venga.

JUAN (Dándose un golpe en la frente como si hubiera descubierto la piedra filosofal.) Que nos comamos el despertador.

CARL. (Simultáneamente.) ¡Excelente!

MART. (Simultáneamente.) ¡Antes me dejo comer yo!

CARL. Es una gran idea.

MART. Digna de él.

CARL. Precisamente, hoy no teníamos que comer.

MART. Yo tengo treinta céntimos. (Ofreciéndolos.)

CARL. Para *Blanco y Negro*.

MART. ¿No hay chocolate?

JUAN En casa de los benedictinos.

MART. Pues comamos rancho. Cualquier cosa antes que el pichón.

CARL. Es inícuo, quedarse sin comer, teniendo en casa un bicho como ese.

MART. Lo inícuo és que os querais almorzar mi felicidad. No, no.

JUAN ¿Y si morimos de hambre?

MART. Os entierran.

CARL. ¿Y si mueres tú?

MART. Lo prefiero. Iré al martirologio.

JUAN Eres un mal amigo.

CARL. Un mal compañero.

MART. No ser bobos, que no me ablandais.

JUAN Parece mentira que no cedas ante los gritos de estos estómagos á la veneciana. (Pausa. A MARTIN.) ¿Crees tú que si nuestra situación se resolviera tragándonos un drama de Carlos, se opondría él?

CARL. (Heróico.) Aunque fuese esta noche el estreno y no tuviésemos otro ejemplar.

JUAN (A MARTIN.) ¿Lo oyes?

MART. ¿Pero vais á comparar un pichón tan lindo con un drama de Carlos?

CARL. ¡Hombre! ¡Muchas gracias!

MART. Quise decir que á tí te sobra ingenio para hacer mil dramas, mientras que yo difícilmente podría encontrar otro bicho como éste.

CARL. ¡A fé que no hay muchos palomos por el mundo!

MART. (Casi convencido.) Pero no como éste.

JUAN Sí, hombre, sí; y después de todo, con sustituirlo con otro, mañana ó pasado, cuando estemos en fondos... (Pausa.)

MART. (A sí mismo.) Y el caso es que tengo un apetito! (Mirando al pichón.)

CARL. ¡Basta de vacilaciones! ¡A la cazuela!

MART. Bueno... consiento..

CARL.
JUAN } (Muy regocijados.) ¡Es natural!

MART. ...pero con una condición.

CARL.
JUAN } (Como antes.) Aceptada, aceptada desde luego.

MART. El primer dinero que tengamos, ha de ser para reemplazar á la víctima.

JUAN. (Sentencioso.) ¡Amén!

CARL. (Irónico.) Eso corre de mi cuenta.

MART. Pues... (Bendiciendo al palomo.) ...¡A la cazuela!

CARL. (Abrazando á MARTIN.) Ya sabía yo que no podrías consentir nuestra abstinencia.

JUAN (Ceremonioso.) Numerosas comisiones acuden á felicitarte.

MART. (Participando del buen humor.) Reclamo un ala.

CARL. Las dos para tí.

MART. ¡Ah! Y el corazón.

CARL. (Sintiéndose generoso.) Y el corazón.

JUAN ¡Cocinero! (Llamando.) ¡Cocinero de semana!

MACAR. (Que sale precipitadamente quitándose el sueño á puñetazos.) ¡Presente!

JUAN (A MACARIO dándole la jaula.) Toma este reloj. (Admiración del asistente.) Ahora mismo lo matas.

MART. Procurando no hacerle daño.

JUAN Lo desplumas, le sacas la maquinaria (El asistente comprende y sonríe satisfecho.) y lo pones con mucho arroz.

MACAR. (Sentenciosamente.) No hay arroz.

JUAN Pues... lo fríes.

MACAR. (Como antes.) No hay aceite.

JUAN (Incomodado.) Lo pones cocido.

CARL. No hay agua.

MACAR. Agua sí, señor, que hay. Lo que no hay es carbón.

MART. (Dando sus treinta céntimos.) Toma: para carbón.

JUAN Y en cuanto esté cocido, me avisas.

CARL. (Rectificando.) Nos... avisas.

MACAR. ¿Y la jaula?

JUAN Os la coméis vosotros: andando.

(MACARIO se vá llevándose la jaula.)

MART. (Cómicamente angustiado.) ¡Pobre víctima de nuestra voracidad!

JUAN Un palomo para tres defensores de la Patria.

MART. ¡Pobre palomo!

CARL. ¡Pobre Patria!

(Durante esta escena se ve pasar á CICERÓN con la cesta al brazo; primero vá á la calle, en busca de carbón; luego vuelve á la cocina.)

JUAN Bueno: dejaos de lamentaciones y vamos á lo que importa. Hoy hay que correrla.

CARL. ¿Y quién paga el gasto?

JUAN Á eso voy. ¿Cómo andamos de ropa?

MART. Once reales me daban ayer por el gabán en la calle del Pez.

JUAN Ya es algo. (A CARLOS.) ¿Y tú?

CARL. ¡Qué preguntas tienes!

JUAN Pues mi ropa está toda convertida.

CARL. ¿Y crédito con el cajero?

JUAN Yo le he sacado cinco duros más de lo que importa mi paga del mes que viene.

MART. Yo, diez.

CARL. Como yo... ¡Estamos lucidos!

JUAN Si el coronel fuera otro...

CARL. Si fuese otro... ya nos habría mandado al Muni.

MART. La verdad es que lo traemos frito.

JUAN No vamos á tener más remedio que echarnos á la calle...

CARL. Y atracar al primer capitalista que se nos ponga á tiro.

JUAN — No; á buscar un usurero de conciencia.

MART. — Como no busques... codornices

CARL. — Sí; los usureros están muy escamados.

JUAN — Pues hay que buscar un medio...

CARL. — Yo solo confío en la Providencia.

JUAN — Eso es: confiemos en la Providencia. Y mientras recibe nuestro voto de confianza, pasemos encerrados como tres criminales el Domingo de Piñata. (Pausa.)

CARL. — (Rapidísimo.) Vendamos el palomo.

JUAN, MART. — Muy bien.

(CARLOS se dispone á llamar; en este momento se presenta en escena MACARIO, limpiándose las manos en los costados del pantalón. Ahora trae gorro blanco de cocinero, y un delantal á cuadros que bien ha podido pertenecer á la cocinera del segundo.)

CARL. — ¿Y el palomo?

MACAR. — Venía á pedirles una cerillica.

CARL. — ¿Pero y el palomo?

MACAR. — En el cazuelo.

CARL. — ¡Pero lo has matado!

MAC. — ¡Sí, señor!

CARL. — ¡Aninal!

MAC. — Yo creía que...

CAAL. — Sí, está bien; vete.

MRC. — ¿Pero no me dan la cerillica?

MART. — Toma. (Saca de una caja unas cuantas cerillas; MACARIO las toma y se marcha).

CARL. — (Desesperado, buscando unos papeles en la mesa.) ¡Si en *España Nueva* me diesen algo por mi crónica... (Animado.) Probaré. Voy á poner una tarjeta á Soriano. (Se sienta y escribe.) Tengo el presentimiento de que dos ó tres durillos...

MART. — Ya tenemos para otro palomo.

JUAN — Para un palomar.

CARL. — (Llamando.) ¡Cicerón! Última tentativa.

CICER. — (Presentándose). ¿Llamaban ustés?

CARL. — Si: A la redacción de *España Nueva*. Ya sabes, ahí cerca, toma, y esperas contestación. (Le dá las cuartillas. CICERON se marcha).

JUAN — Supongamos que nos dán dos duros. Plan de maniobras.

MART. — Lo primero, ir á comprar un pichón. Pero ya verás como no te aceptan la crónica. Somos la mala pata andando.

JUAN — Nos ha entrado la *macancoa*, como dice el porta.

CARL. — Confiemos en la Providencia.

JUAN — ¡Y dale con la Providencia!

MART. — Realmente, solo en ella podemos confiar.

CARL. — Como que es la única á quien aún no hemos pedido nada.

JUAN — Pues como se lo deje dar, se gana el sablazo.
(Suena el timbre de la escalera.)

TODOS. — (Muy joviales.) ¡La Providencia! (Especlación. Nueva llamada.)

MART. — (Llamando.) ¡Macario! Que llaman.

MACARIO — (Dentro.) En este momento no puedo salir, señorito. (Risas.)

CARL. — Estará... moviendo el pichón.

JUAN — ¿Pero y los otros muchachos?

MART. — Ya iré yo. (Sale á abrir. CARLOS y JUAN se quedan en escena, junto á la puerta, mirando al corredor.) (Nuevas llamadas.)

CARL. — ¿Quién será?

MART. — (Entrando precipitadamente.) ¡Otra desgracia!

JUAN — Pero... ¿no es la Providencia?

MART. — ¡Qué ha de ser! Es don Lucas.

CARL. — ¿El del Cigarral?

MART. — El de nuestra sombra negra: el casero.

JUAN — Era lo único que nos faltaba.
(Nueva llamada. MARTIN toma un revolver y adopta una actitud heróica.)

CARL. — ¡Ya escampa!

JUAN — ¿Y qué hacemos?

MART. — (Declamando.) ¡Llamé al cielo, y no me oyó,
y, pues sus puertas me cierra...

CARL. — (Rapidísimo.) ¡Ah, que idea! ¡Yo me hago el loco!

JUAN — ¿Y qué?

CARL. — Vosotros decís que los gastos de mi enfermedad...

JUAN
MART. } Magnífico.

(Suena de nuevo el timbre, que no cesa hasta que han franqueado la entrada á don LUCAS.)

CARL. — (A MARTIN.) Abre; y mucha seriedad.
(Sale MARTIN. CARLOS se desordena el peinado y se echa sobre una cama, rugiendo como una fiera. Llega don LUCAS; detrás de él MARTIN. JUAN vá á recibirles á la puerta, invitándoles por señas á guardar silencio.)

ESCENA III

Dichos y don Lucas

JUAN — (Muy triste.) Pase usted, don Lucas, pase usted.

D. LUCAS — (Con voz natural.) ¡Hola, señores; muy buenos dias.

JUAN — ¡Chist! Mas bajo por Dios. (Señalando á CARLOS.)

MART. — Sí, don Lucas, por Dios; hable usted muy bajo.

D. LUC. — (Misteriosamente.) Pero ¿qué ocurre?

MART. — ¡Una desgracia!

JUAN — (Casi llorando.) ¡Una desgracia inmensa!

D. Luc. (Por CARLOS.) ¿Está enfermo?

Juan (Confidencialmente.) ¡Está loco!

D. Luc. ¡Loco!

Mart. Loco, don Lucas, loco. Desde hace ocho dias.

Juan Desde la última vez que tuvimos el gusto de verle por esta su casa.

Mart. Es una locura furiosa.

D. Luc. ¡Caracoles!

Juan No grite usted, don Lucas. Ahora está tranquilo, y el menor ruido podría provocar un nuevo acceso.

Mart. Y cuando le dá, le dá por gritar y por pegar á todo el mundo.

Juan Y por morder á los viejos.

D. Luc. Es un loco de cuidado, ¿eh?

Mart. Sí, señor; pero... siéntese usted. (Ofreciéndole el butacón, que deberá estar cerca de CARLOS.) Aquí estará usted más cómodo.

D. Luc. No, señor, no; me voy enseguida. (Se lleva á MARTIN y á JUAN al otro extremo de la escena, pero quedando en primer término.) He venido solamente porque... como ustedes me dijeron que esperase unos dias para liquidar la cuentecita... y como hace ya tantos meses que...

Carl. (Incorporándose de un salto que hace extremecer á don LUCAS. El actor cuidará de dar á su fingida locura un carácter trágico, pero no bufo.) ¡Conseguireis que mi furor estalle!... (Se apodera de un espadín y lo desenvaina.)

Ya me siento convertido
en mármol! Mas... soy Cyrano,
y con la espada en lo mano
tranquilo espero, y erguido.
¡Conmigo vais á acabar;
tranquilo la muerte espero,
y, en tanto que llega, quiero
luchar, y siempre luchar!

(Describe con el espadín inmensos molinetes hasta caer rendido sobre la cama.)

Juan ¿Ve usted cómo está?

D. Luc. Lástima de chico. Dá miedo verle.

Mart. (Mal conteniendo la risa.) No tema usted. Ahora está en el periodo poético.

D. Luc. (Deseando acabar.) Bueno; volviendo al objeto de mi visita; yo quisiera que ustedes buscasen el medio de solventar este atraso; porqué, como ustedes comprenderán, yo necesito fondos para atender á mis negocios, á mis necesidades...

Juan Es natural; y crea usted que estamos deseando cumplir como usted se merece.

Mart. Precisamente, cuando usted llegó estábamos hablando de eso.

JUAN — En efecto; estábamos discurriendo el modo de encontrar dinero.

CARL. — (Como antes. A don LUCAS.)

¡Qué decís! ¿Que la victoria
quien la ansía no la alcanza?
¡Si no hay de triunfo esperanza
hay esperanza de gloria!

(Pausa.)

Mas debo inmediatamente
partir, sin excusa alguna.
Me llama el rayo de luna
que llega á besar mi frente...

(Sale precipitadamente.)

L. LUC. — ¿A dónde vá?

JUAN — No sé; probablemente á la escalera, á decirle el Cyrano á la portera.

MART. — ¡Anda! ¡Otro que habla en verso! Don Lucas; aquí se queda usted con Juan; voy á ver que és de nuestro pobre amigo. (Mutis.)

JUAN — (Aparte.) (¡Me partió!)

D. LUC. — Sí, sí, vaya usted... Pobre chico. (Transición.) Las cosas están muy malas; los inquilinos, salvo honrosas excepciones, están muy mal de vergüenza; los pocos que pagan lo hacen mal y tarde; y los hay, y no lo digo por ustedes, que tengo que amenazarlos con la guardia civil.

JUAN — Sí, señor; tiene usted razón. Pero... siéntese usted.

D. LUC. — (Sentándose.) Yo he tenido con ustedes la consideración de esperar algunos meses y, la verdad, quisiera que esta fuese mi última visita en este sentido.

JUAN — Nosotros estamos muy agradecidos á usted. (Con cinismo.) Ya digo que, precisamente cuando usted llegó estábamos hablando de eso; hace unos dias pensábamos haber ido por su casa para retirar nuestros recibos; pero la enfermedad de nuestro pobre amigo...

(Entra MARTIN. Trae en la mano la espada que se llevó CARLOS.)

D. LUC. — (Levantándose asustado.) ¿Y el loco?

MART. — Ahora está tranquilo. Lo dejé en la cocina, modelando en una patata el busto de Maura.

D. LUC. — Menos mal. (Sentándose).

MART. — Sí: hemos tenido que montarle un estudio de escultor.

D. LUC. — ¡Qué rarezas!

JUAN — No puede usted calcular los gastos que nos origina su locura.

MART. — Yo he tenido que vender mi cama.

JUAN — (Con énfasis.) Y yo tendré que vender alguna finca.

MART. — Seis pesetas diarias en papeles de colores.

D. LUC. — ¿Papeles de colores?

MART. — Se pasa las noches en vela cortando *confetti* para divertirse echándolo á los asistentes.

D. Luc. ¿Y su familia?

Juan. Ya le hemos telefoneado. Su padre llegará hoy ó mañana.

(CARLOS se asoma á la puerta cautelosamente. Don LUCAS, sentado de frente al público, no lo vé.)

D. Luc. (Levantándose.) De modo que estos recibos...

Juan. Guárdelos usted; concédanos un nuevo plazo.

Mart. Le prometemos pagarlos en cuanto pasen estos días crueles.

D. Luc. Pero el caso és que yo necesito reunir algún dinero para pagar unas cuantas obras que tengo que hacer...

(CARLOS entra en escena paseando furioso).

Juan. ¿Vé usted? Otro rapto.

D. Luc. (Que no le llega la camisa al cuerpo.) ¿Es ahora cuando muerde?

Mart. Todavía no; pero temo que la rabia llegue pronto.

D. Luc. (Deseando acabar.) Bién: pues en vista de las circunstancias les concedo un nuevo plazo; pero sin ejemplar, ¿eh? Pasado un més vengo; y como no me paguen, me veré en la triste precisión de desahuciarlos.

Mart. No faltaremos. Crea usted que nuestra situación es desesperada. Vergüenza me dá de confesarlo. Hoy no tenemos en casa ni una peseta.

Juan. Ni una miga de pan. Estamos en ayunas.

Mart. Y á estas horas no sabemos como vamos á comer.

Macario (Presentándose muy ufano.) El pálomo ya está. ¿Lo quieren comer aquí?

Carl. (Gritando convulso queriendo extrangular á MACARIO.)

¡Fuera! ¡Fuera, Luzbel de mi presencia!
¡Bien cara pagarás tu impertinencia!

(JUAN y MARTÍN acuden á librar al asistente de las garras del loco, como si realmente lo vieran en peligro de muerte. CARLOS suelta su presa y se arroja sobre la cama, mordiendo las almohadas.)

D. Luc. ¡Qué atrocidad! (MACARIO desaparece.)

Juan. La ha tomado con los pobres asistentes.

D. Luc. Debieran ustedes llevarle al hospital.

Juan. No nos atrevemos, hasta que venga la familia y resuelva.

D. Luc. Es verdad.

(Pausa.)

Mart. El médico asegura que, aunque la demencia está francamente declarada, puede aún sobrevenir una crisis que le devuelva la razón.

D. Luc. Mucho lo deseo. Pero observo que no conoce á nadie.

Mart. Sí; á veces conoce. Tiene momentos de lucidez.

(CARLOS canta la «Vecchia simarra» de *Bohéme*. Luego vuelve á su postración).

Juan. Vén, Carlitos; á ver si conoces á este señor.

(CARLOS mira á don LUCAS de pies á cabeza, dirigiéndose á él con aire amenazador.)

D. LUC. (Asustado.) Cuidado, Carlos. Si soy yo, Carlitos; soy yo; su amigo; un buen amigo de ustedes; ¿no me conoce usted?

CARL. (Con voz cavernosa.) Te conozco. Tu eres Mutsu-Hito!

JUAN (Aparte.) ¡Ave María Purísima!

CARL. Tu eres Mutsu-Hito, el emperador japonés. Ya sé que habeis triunfado. Ello tenía que suceder. (Con entonación de ateneista.) Predíjolo el oráculo del cosmos, más sabio que todos los oráculos de la mitología pagana. Representábais en la lucha al pueblo joven y vigoroso: al pueblo libre, hermoso, viril, naciente, que surje de las apocalípticas tenebrosidades del Oriente, embelleciéndose con los fúlgidos destellos de la deslumbrante aureola de la civilización, para combatir decidido por la causa veneranda de la justicia, de la razón, de la verdad, contra ese otro pueblo grande, pero pobre de espíritu; pueblo de esclavos, país que agoniza, imperio que se derrumba ante los embates del siglo de libertad y de luz en que vivimos, contra los cuales resultarán estériles los bloques de los intransigentes, las obstrucciones de los neos, la asistolia de los obscurantistas, y la eterna y sistemática oposición de los partidos ultramontanos. He dicho. Tu estás conforme conmigo ¿verdad? Deja, pues, que te abrace, querido é insigne Zaratustra. (Abraza á don LUCAS, que lucha en vano por desasirse del temible loco. JUAN y MARTIN contienen apenas la risa.)

D. LUC. No, Carlitos; si yo no soy... ese. Yo soy Lucas, don Lucas, un amigo de ustedes...

CARL. (Furioso, amenazando con los puños.) ¡No me contraríes!

MART. (A don LUCAS.) No le diga nada; déjele.

D. LUC. (Resignado.) Bueno; seré ese. (Aparte.) (¡Como está este chico!)

MART. Oye, Carlitos: acuéstate un rato.

CARL. No me dá la gana.

D. LUC. Contesta acorde.

JUAN Sí, Carlos; debes acostarte; recuerda lo que te dijo ayer el médico.

CARL. Cuando se marche ese enjendro del obscurantismo. (Por don LUCAS.)

JUAN (A don LUCAS.) Perdónelo usted. No sabe lo que se dice.

D. LUC. Comprendo... En tal estado... Pobre chico.

JUAN Le digo á usted que estamos pasando... (Pausa.)

D. LUC. Pues... ya lo saben ¿eh? Un mes de plazo. Y ahora, me retiro; tengo que ver si cobro algunos alquileres.

JUAN (Aparte á MARTIN.) Si en todas partes cobra como aquí...

D. LUC. (A MARTIN tendiéndole la mano.) Adiós...

MART. Adiós, don Lucas. Y cuente usted con que cumpliremos...

D. Luc. Así lo espero... Que se alivie el enfermo. (Saluda á JUAN.) Siga usted bien.

Juan Adiós, don Lucas, hasta la vista.

Carl. (Declamando.) ¡Imbécil Zaratustra! Has de marcharte,
ó ¡por Dios! los carrillos voy á hincharte.

D. Luc. (Mutis.) ¡Pobre muchacho! Adios, adios. (Sale. Lo acompaña MARTIN, que vuelve á escena enseguida.) (Regocijo general.)

Mart. ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Ni Coquelín! Eres un actorazo, chico.

Juan Un actorazo de primo, de primíssimo cartello.

Carl. Y vosotros unos comparsas de P. P. y W.

Mart. Lo que somos... unos frescos de real orden.

Juan Se salvó la situación! (Loco de contento). Esto merece un cancán.

Mart. ¡A bailarlo!

(JUAN y MARTIN cantan y bailan un cancán. CARLOS canta con ellos y lleva el compás con los brazos. Don LUCAS aparece á la puerta.)

D. Luc. ¡Señores!...

(Cuadro. La danza se suspende; pero CARLOS, rapidísimo, habla. Sus amigos comprenden y continúan el baile interrumpido.)

Carl. ¡Mas deprisa, mónstruos infernales! Bailad!... (A don LUCAS.) ¡Baila tú también, espectro macabro, evocación del Dante, conjunción diabólica de la imbecilidad con la avaricia...! ¡Baila.. ó muere!

Juan (Sin dejar de bailar.) Baile usted, don Lucas; evítenos una catástrofe.

D. Luc. Pero... señores... esto és demasiado...

Carl. (Imponente.) ¡Baila!

D. Luc. (Resignado.) ¡Qué remedio! (Baila. Pausa.) Debieran ustedes amarrarlo.

Carl. ¡Basta! ¡Cese la danza! ¡Quieto todo el mundo!

(Cuadro plástico Todos quedan inmóviles en las actitudes en que fueron sorprendidos por la orden despótica de CARLOS.)

D. Luc. (Mirando á CARLOS á hurtadillas.) ¡Vaya un loco caprichoso!

Carl. Nadie salga de aquí, nadie se mueva, hasta que mi presencia lo autorice. (Sale precipitadamente.)

D. Luc. (Recobrando su posición natural.) ¡Gracias á Dios sean dadas.

Mart. (Idem.) ¡Que atrocidad!

Juan (Idem.) ¿Ha visto usted, don Lucas? Pues así nos tiene siempre.

D. Luc. (Receloso.) Sí, señor, sí... Pues, volví porque me olvidé de decirles que desde el més que viene renta dos duros más este cuarto; ustedes verán si les conviene.

Mart. (Con énfasis.) Sí, señor; sí.

Juan (Convencido de que no ha de pagar con un precio ni con otro.) Sí, señor; nos dá lo mismo. Dos duros no van á nin-

guna parte. La habitación nos gusta; vivimos bien.

D. Luc. Nada más que eso... Me voy antes que vuelva el loco.

Mart. Hace usted bien; márchese, no sea que vuelva...

D. Luc. (Despidiéndose.) Sí; adios, adios. (Se vá.)

(MARTIN le acompaña. JUAN queda en escena viéndole ir.)

ESCENA IV

Carlos, Juan y Martín. Luego Cicerón y Macario.

Juan ¿Se fué del todo?

Mart. (Volviendo á escena.) Ahora, sí.

Carl. (Idem, muerto de risa.) ¿Has cerrado bien la puerta?

Mart. Con llave.

Carl. ¿Que tal os pareció la apoteosis?

Juan ¡Divina! Pobre don Lucas!

Mart. Por poco lo echamos todo á perder.

Juan Tu idea nos salvó.

Carl. Y nuestra serenidad; nuestra... poca aprensión.

Mart. Es verdad.

Juan ¡Otro més de plazo! Ese casero es un fenómeno.

Carl. Pobre señor; es un infelizote.

Mart. Y ahora... ¡á almorzar!

Juan (Llamando.) ¡Macario!

Mart. (Cantando.) Pobre palomo
voy á tragarte. (Música de *El Trovador*).

Macario (Presentándose.) Mande usté.

Juan Trae los tenedores y el palomo

Mac. (Mirando receloso á CARLOS.) No hay palomo.

Juan (Sorprendido.) ¿Que no hay palomo?

Mac. No, señor. Ha volao.

Juan ¿Después de cocido?

Mac. Sí, señor.

Juan ¿Pero que dice este bárbaro? Voy á ver. (Vá la cocina.)

Mart. (A MACARIO.) Llama á mi asistente.

Mac. Ramírez no está; que es que ha venío un primo é su novia y se ha dío con él; como és paisano suyo...

Mart. ¿Sin decirme nada?

Mac. Como estaban ustés... no sé aondé, pues ayer se fué con el primo y no li he vuelto á echar el ojo.

Juan (Vuelve á escena. Trae en las manos una cazuela humeante con el pichón guisado.) Pero hombre; si el pichón está aquí, que dá gloria verlo.

Mart. ¡Perdóname. Rosina!... Y que pequeñaco se ha quedado.

Carl. (A MACARIO.) ¿Pues como decías que no estaba?

MAC. Porque como endenantes usté á poco más me escacha... (Suena la campanilla.)

CARL. Vé á ver quién és y enseguida traes los tenedores.

JUAN Y si fuese persona sospechosa, le haces fuego.

(Sale MACARIO.)

MART. El bocadito de la monja, para mí.

JUAN ¡Sí! ¡Si te vás á comer el pichón tú solo!

CICERÓN (Entrando deprisa y con la gorra de uniforme en la mano.) Señorito: (A CARLOS.) esto me han dao.

CARL. (Tomándolos.) ¡Tres duros!

JUAN
MART. } ¡Tres duros!

CICER. Y me ha dicho un señor gordo que estaba allí, que se pase usté mañana ú hoy por la rendición.

CARL. ¿Por la redacción?

CICER. Una cosa paecía.

CARL. Bien. Vete. (Se marcha CICERON.)

MART. Mi enhorabuena, joven y ya distinguido literato.

JUAN Mil plácemes, ilustre vate. Numerosas comisiones...

MART. Ya podemos comprar otro palomo.

CARL. Que pongan á éste las plumas, porque nosotros hoy almorzamos en Fornos.

JUAN ¡Olé los hombres!

MART. (Disgustado.) Eso ya lo sabía yo.

CARL. ¿Qué?

MART. Que faltaríais á la consigna: que no compraríamos otro palomo.

CARL. ¡Toma! Eso lo sabía yo también. (Llamando.) ¡Señores asistentes!

MART. ¿Qué se te ha ocurrido?

CARL. Nada. Voy á dar órdenes. Vosotros, á arreglarse.

(Durante esta escena, CARLOS se pone el cuello y la corbata. Sus compañeros atienden, sin exagerar, al cuidado de sus trajes. MARTIN se pone el gabán; JUAN se riza el bigote, calentando la tenacilla con fósforos que ha pedido á MARTIN. El autor ruega á los actores que huyan constantemente de la bufonada. Naturalidad, buen humor, alegría é ingeniosidades, sí; pero ridiculeces y payasadas ¡antes la muerte!)

(Se presentan CICERÓN y MACARIO. Les habla CARLOS. ¡A formar! (Se cuadran militarmente.) Orden del día: artículo primero. estamos en Fornos. Allí, sí ocurre algo. nos avisareis, hasta la una. Hasta las trés, en el casino: y después en el Retiro ó en Recoletos.—Artículo segundo: durante nuestra ausencia os dedicaréis solícitos al cuidado de la república y la dejareis como nueva. Cuando volvamos pasaré revista.

MAC. (Interrumpiendo.) No hay escoba.

CARL. (Sin darle importancia.) Barreis con la mano.—Artículo tercero: el palomo que habeis condimentado con vuestra proverbial habilidad, pasará á vuestros estómagos distribuido piadosamente. Y por último, seño-

res asistentes: apodérense de la cazuela, y á la cocina. ¡Rompan filas! ¡Marchen!

(Los asistentes giran á la derecha y rompen la marcha llevando el compás del paso. Al llegar ante la mesa se apoderan de la cazuela que JUAN dejó en ella sobre unos papeles, y siguen marchando marcialmente hasta desaparecer de escena. Los actores procurarán que parezca todo esto una broma inspirada en el buen humor de los oficiales. Estos sonríen.)

MART. (Terminando de ponerse el gabán.) Están tan contentos como nosotros.

CARL. (A sus compañeros.) ¿Estamos listos?

MART. Yo sí.

JUAN (Enfático.) Y yo; no tengo ganas de cambiar de traje.

CARL. (Buscando su sombrero). Pues en marcha.

JUAN Allí, de sobremesa, discurriremos el modo de reunir más fondos.

MART. Y con el estómago abrigado, los encontraremos. ¡Vaya si los encontraremos!

CARL. Dudad ahora de la providencia, ante estos tres machacantes. (Los duros.)

MART. Sí, hijo, sí. Bendita sea tu musa.

CARL. ¿*Allons*?

JUAN, MART. } ¡*Allons!*

CARL. *Allons*... á comernos la crónica más sabrosa de mi vida. ¡*Allons!*

(Cantando. Música de *La Marsellesa*.)

Allons, garçons de l'infanterie
le déjeuner est arrivé
nous y trouverons...

(Salen jovialmente. JUAN y MARTIN canturrean al mismo compás de CARLOS. Las últimas notas se pierden en la escalera.)

ESCENA V

CICERÓN y MACARIO.

CICERÓN (En mangas de camisa. Trae en las manos una escoba muy vieja.) ¡A trabajar, Macario! Y luego á divertirnos. Hoy es dia de jolgorio pa nuestros amos, y tié que serlo tamién pa nosotros. (Barre.) ¡Un palomo pa almorzar! (Rechupeteándose.) ¿A qué sabrá eso?

MACARIO (Sin delantal ni gorro. Arreglando las camas.) Ya lo probaremos. Date, date prisa. Menúo banquete. (Pausa.) Oye tú: barre con más cudiao, que se te vá á estropear la escoba.

CIC. (Sin dejar de barrer.) Ya, ya. Parece un porro.

MAC. (Tomando la escoba.) Lo que paece és la caeza de un quinto. Mialá: toa pelá. (Quita el polvo de la cama con la escoba. Luego pasa ésta por encima de la colcha de percal.)

CIC. (Que ha empezado á arreglar la cama de hierro. Enseñando una sábana con un roto.) ¡Rediez, que sabanica!

MAC. Eso son cosas de la lavandera. ¡La tengo una tirria!...

CIC. Sí; pues miá que ella á nosotros...

MAC. Siempre nos está preguntando lo mismo: que cuando... (Hace con los dedos pulgar é índice signos expresivos.)

CIC. Que apañadicos son los amos. Miá donde tienen un libro. (Bajo la almohada. Leyendo.) «Las trece noches de Juanita.»

MAC. ¿A ver? (La cubierta. Es un cromo de novela barata.) ¡Vaya unas formas! ¡Y vaya un par de cuernos que le han salío á esta tía en la caeza!

CIC. Pero so cazurro; ¿no vés que és una media luna?

MAC. ¡Anda! ¡Es verdád! Vamos á ver si hay más santos por drento.

CIC. Ya lo veremos luego. (Deja el libro sobre la mesa). Ahora vamos á barrer esta miquitica que quea. (Barre.) Y aluego á almorzar.

MAC. (Continuando el arreglo de la habitación.) ¿Tú tiés pán?

CIC. Un chusco tengo; pero además tenemos los dos de Ramírez.

MAC. Pues ya está.

CIC. Y el barrío tamién está. (Coge con las manos un montón de basura; hace señas á MACARIO; éste abre el balcón y la basura vá á la calle. Es una de tantas operaciones cotidianas.) Ahora vamos á ponerlo tóo bien; ya sabes que quieren que esté de revista.

MAC. Hoy les pasa algo raro á nuestros amos.

CIC. Los tres duros que les he traío.

MAC. ¡Quiá! Si era antes. ¿Pa qué quedrían saber que de aonde soy?

CIC. ¿Te lo han preguntao?

MAC. Sí.

CIC. Vete tú á saber. Como siempre están de chunga...

MAC. Eso sí; y que no saben burlotarse con nosotros...

CIC. Ya, ya... ¡Y con un corazón! (De uno de los cajones de la mesa, toma un cigarrillo con absoluta naturalidad, como quien tiene costumbre de hacerlo constantemente.) Otro queda. ¿Lo quieres?

MAC. Echa pá acá.

CIC. (Tirando otro cigarro, que MACARIO coje en el aire.) Yo por mi amo soy capaz de ponerme pa parar un trén.

MAC. Pues miá tú que yo... ¿tiés mistos?

CIC. Espera una miaja. (Sale corriendo y vuelve al instante con el cigarro encendido, chupando desaforadamente.) ¿Te acuerdas...

MAC. Trai fuego.

CIC. (Presentándole el cigarro.) ¿Te acuerdas cuando te mandaron al hospital? Miá tú que se portaron bien.

MAC. Ya, ya. Toos los días me llevaban algo de comer.

CIC. Y mi amo, pa llevarte tabaco, me mandó á empeñar el bolso de plata que le había regalao la novia.

MAC. ¡Son más buenos!

(Suena el timbre.)

CIC. Vete á abrir, tan y mientras que yo arreglo esto.

MAC. (Medio mutis; ha recordado algo súbitamente, y vuelve á contarlo á CICERÓN.)

¡Y miá tú que les gusta el vino!

CIC. Tamién.

MAC. El otro dia fué mi amo al tiro nacional; bueno: pues no hizo más que llegar; vé una botella de vino; coge un fusil... (Hace demostración de apuntar con un fusil.)

CIC. Y blanco.

MAC. Tinto. (Váse)

CIC. (Arreglando la mesa.) ¡Rediez, qué de papeles! Hay más que en la mesa del sargento de la mayoría.

MAC. (Volviendo á escena; en tono confidencial.) ¿A que no sabes quién és?

CIC. Si és el sastre, fuego. Es la consigna.

MAC. ¡Quiá! Lo he visto por el ventano. Me ha paecío el coronel.

CIC. ¡María Santísima! ¿Que quedrá?

MAC. ¿Qué hago?

CIC. Abríle; dile que no están; pero si quié, que pase. (Se va MACARIO.) ¿Qué quedrá el coronel? Yo me voy, no sea que me mande á cortar el pelo.

(Mutis.)

ESCENA VI

ROLAND y MACARIO.

ROLAND ¿Pero dices que no están tus amos?

MACARIO No señor, mi coronel. Salieron ya hay pa un rato. Si usía quiere les avisaré; están en Fornos, almorzando.

ROL. ¿También el loco?

MAC. ¿Qué loco?

ROL. ¿No está loco desde hace ocho días el teniente Montellano?

MAC. Yo no sé de eso, mi coronel. Pero á mí me parece que no.

ROL. (Aparte.) Entonces... ¿qué historias fué á contarme ese don Lucas? (A MACARIO.) Oye, muchacho: ¿tú no has notado algo... raro, en los oficiales que viven aquí?

(Pausa.) Habla con entera libertad: como con un compañero...

MAC. (Perdiendo el miedo.) Pues... misté, la verdad, sí que he notao. Esta mañana me llamó mi amo pa icirme que de qué pueblo soy.

ROL. ¿Y qué más?

MAC. Na más.

ROL. Pues eso no tiene nada de particular.

MAC. Pué que no.

ROL. ¿De modo que no has notado nada de eso que no sucede todos los días?

MAC. (Recordando.) Como no sea lo del almuerzo...

ROL. ¿Que és ello?

MAC. Pues ná; que el teniente Romeral me llamó esta mañana, y me dijo, dice: «toma, guisa pa almorzar este reloj.»

ROL. Almorzarse un reloj... Eso sí que és raro.

MAC. ¡Quiá, no señor! Si era una palomica negra, muy maja, con unos lacicos coloraos, muy majos también..

ROL. ¡Un palomo... con lazos!

MAC. Sí, señor; drento de una jaula á manta de bonita.

ROL. ¿Y lo has guisado?

MAC. En la cazuela está. ¿Quié usté verlo?

ROL. (Impaciente.) ¿Y la jaula?

MAC. No, señor. La jaula no la he guisao.

ROL. (Incomodado.) Digo que donde está?

MAC. ¿Cualo?

ROL. ¡La jaula!

MAC. ¡Ah! Pus... en la cocina.

ROL. Tráela: quiero verla.

MAC. Misté que no tié ná de particular.

ROL. (Imperioso.) ¡Tráela he dicho!

MAC. Sí, señor. (Mutis.) Pa qué quedrá verla?

ROL. ¡Estaría bueno! ¡Ja, ja, ja! Venir á ver á un loco y encontrarme con... No: esto debe ser una coincidencia: muy estraña, pero una coincidencia.

MAC. (Vuelve con la jaula vacía.) Mistelá. Y los lacicos.

ROL. (Sorprendido.) ¡Es la misma!... ¡Los mismos! (Los examina.) ¡Cosa más rara!... ¿Quién ha traido aquí esta jaula?

MAC. (Encogiéndose de hombros). Pa mí que ha sío el teniente Aguilera. Lo que sí pueo decirle á usía és que esto no ha venío á casa hasta esta mañana. Como no lo haiga comprao en la...

ROL. Venga esa jaula. La necesito.

MAC. (Dudando.) Pero se la vá usté... usía, á llevar?

ROL. Calla y obedece. (Coge la jaula.)

MAC. Está bien.

ROL. Cuando vuelvan tus amos, ni una palabra. Yo no he estado aquí.

MAC. ¿Que no ha estao usté aquí?

ROL. No: ni tú me has visto.
MAC. ¿Que yo no li he visto?
ROL. Ni sabes una palabra de nada.
MAC. (Aparte.) (Me parece que el loco es el coronel.)
ROL. ¿Hay más asistentes en la casa?
MAC. Ramírez, del teniente Aguilera, que está con un primo de su novia, y uno que le icen el Cicerón, del tiniente Montellano. ¿Quié usté que le llame?
ROL. No: diles que no hablen nada de mi visita. Como se enteren los oficiales vais los trés al calabozo. (Mutis.)
MAC. ¿Quié usté que le lleve la jaulica?
ROL. No. (Váse. MACARIO lo acompaña.)

ESCENA VII

CICERÓN y MACARIO.

CICERÓN (Viene de la cocina. Espera impaciente el regreso de MACARIO. Este vuelve á escena después de despedir al coronel.) ¿Pero se ha llevao la jaula?
MACARIO Y me ha dicho que como le digamos á los tinientes que ha estao él aquí, nos manda á los tres al calabozo. ¿Qué hacemos?
CIC. ¡Otra! Pues decírselo en cuanto vengan.
MAC. ¿Y si nos meten en el calabozo?
CIC. Pues... paciencia.
MAC. Oye... y no te paece mejor que aguardémos á ver en que quea too esto?
CIC. Tamién... Pero...
MAC. Miá tú: éjate de peros... y vamos á comer, que ya debe estar frío el pichón.
CIC. ¡Si vieras que rico está!
MAC. (Indignado.) ¿Lo has catao?
CIC. Una miquitina na más.
MAC. ¡Así te sepa á rancho sin sal! ¡Mal compañero! (Váse corriendo á la cocina. CICERÓN le sigue.)
(Pausa. Suena la campanilla. CICERÓN cruza el pasillo con un trozo de pan en una mano y limpiándose la boca con la manga.)

ESCENA VIII

CARLOS y JUAN. Luego CICERÓN.

CARLOS ¡Bonita jugada!
JUAN Ya lo dije yo. La ambición rompe el saco.
CARL. Estaba escrito. Solo á Martín se le ocurre jugarse los tres duros á una sota.
JUAN Y el caso és que yo se lo advertí.

CARL. Que no jugase...
JUAN Que jugase al dos.
CARL. Entonces és cuando viene la sota.
JUAN ¡Que había de venir! ¡Una sota á estas horas...!
CARL. Es verdad. Y en domingo de Piñata...
JUAN Hay dias aciagos.
CARL. Y menos mal si Martín encuentra ese dinero.
JUAN Y entretanto, á comernos los codos.
CARL. ¿Se habrán comido el pichón?
JUAN Sí, sí. Echale un galgo.
CARL. (Llamando.) ¡Cicerón!
JUAN A buena hora... (Se echa en la cama.)
CICERÓN. (Entra con la guerrera puesta, rechupeteándose los dedos.) Mande usté.
CARL. ¿Y el palomo?
CIC. Cosa buena; y con unos huesecicos la mar de blandos.
CARL. ¿Queda algo?
CIC. Ni el pico; que se lo ha comío Macario,
CARL. ¡Lo creo!

(JUAN canta ó silba una canción alusiva.)

CIC. ¿Mandan ustés algo más? (Suena la campanilla.)
CARL. Vé á ver quién és. No olvides la consigna: fuego.

(CICERON va á abrir.)

JUAN Debe ser otra visita de la Providencia.
CARL. Pues ahora no me hago el loco. Estoy muy débil.
CIC. (Presentándose muy asombrado. A CARLOS.) Una señora que pregunta por usté.
CARL. ¿Por mí? ¿Quién será?
JUAN ¿Una señora? La lavandera. Que no estamos en casa.
CIC. ¡Quiá! Si és una señora mu maja; si trae un gabán, y un sombrero con amanta de plumas y de lacicos. Si paece una princesa...
CARL. Dile que pase... (Váse CICERON.) ...¡Una señora aquí!...
JUAN (Saltando de la cama.) Y el cuarto está para visitas.

ESCENA IX

Dichos y la bella ROSINA.

ROSINA (Con marcado acento francés. Muy desenvuelta.) *Pardon*, ¿Se puede?
CARL. (Saliendo á recibirla.) Tenga V. la bondad de pasar.
ROS. ¿*Monsieur* Carlos Montellano?
CARL. Soy su servidor. (Presentando á JUAN.) Mi amigo, casi mi hermano, Juán Romeral, teniente...
ROS. ¡Oh, *monsieur!*
JUAN (Ceremonioso.) A los piés de usted, señora.
ROS. (Rectificando, sonriente.) Señogita.

Carl. ¿Tiene usted la bondad de sentarse? (Ofrece la silla, en la que se sienta ROSINA en el centro. CARLOS ocupa el butacón á la izquierda. JUAN queda de pié á la derecha.)

Ros. Yo creo que ustedes restarán sorprendidos de mi visita, sin previamente hacerme anunciar...

Carl. Sorprendidos... en efecto; pero muy honrados...

Ros. *Merci bien.* Yo soy artista. Yo soy venida en España hay dos ó tres años; ma yo no soy venida en Madrid que hasta hay muy poco tiempo. Yo soy nacida en Francia; yo vengo aquí gecomendada por *Mr. Roland.*

Carl. ¡*Monsieur* Roland!

Ros. *Oui. Monsieur Henry Roland.*

Carl. ¡Mi coronel!

Ros. *C'est vrai.* Un nuestro querido amigo.

Carl. No comprendo en qué puedo serla útil.

Ros. *C'est bien* fasíl. Yo tengo la idea de mi beneficio y yo tendré placer en gepresentar alguna pequeña comedía escrita pegfectamente por yo. ¿Usté comprende? Yo he dicho esto á *Henry*... bién. á *Mr. Roland*, el coronel; y él me ha dicho que usté está un grán litegató; *et voici* el sugeto de mia visita.

Carl. (Galante.) Que me honra en extremo, y que me satisface doblemente, por cuanto me proporciona el placer de admirar su espléndida belleza y de ponerme incondicionalmente á su disposición.

Ros. Oh! *Merci*... Gracias...

Carl. Muchas son las de usted, y al servicio de ellas pondré toda mi alma.

Ros. *Alors*, usted me hará un pequeño trabajo.

Carl. Con mil amores. Queda solo que me indiqué usted el género que cultiva. ¿Drama? ¿Comedia? ¿Ópera? Habla usted muy bien el español.

Ros. ¡Oh, sí! Yo cultivo el genégo francés. *Je suis chanteuse.*

Carl. ¡*Chanteuse!*

Ros. ¡*Divette!*

Carl. (Desilusionado.) Y querrá usted un monólogo, ¿no és eso?

Ros. Me yo quiere que haya *des couplets*... un poco... un poco *de coquin*... picaguescós; ¿usté comprende?

Carl. Yo no sé si sabré...

Ros. El me ha dicho que usté escribirá muy bien *des couplets*, porque usted está bastante poeta.

Carl. (Irónico.) El coronel me honra demasiado...

Ros. ¿Usté no me ha visto jamás de trabajar?

Carl. No; no he tenido ese honor...

Ros. (A JUAN.) ¿E usté?

Juan Nosotros, señorita, hace algún tiempo que no acudimos al teatro.

Carl. Lutos recientes...

Ros. *Mais*, puedo ser, usté habrá leido en los peguiodí-

cos los... *les louanges* que yo no megesco y que ellos me hacen bién.

CARL. (Como no sabe quién és su interlocutora, mal puede haber leido lo que de ella digan los periódicos. Sin embargo, por galantería:) Sí, en efecto; conozco por referencia su talento extraordinario.

ROS. Ellos dicen que yo soy la artista de moda. Caprichos del publíco.

CARL. Que por esta vez, acierta.

JUAN Si sus habilidades de artista corren parejas con sus encantos de mujer, el público tiene razón.

ROS. *Oh, merci bien!* Yo he tenido de la suegte. Él parece que no hay en Madrid otras artistas que yo. Y bien: (A CARLOS.) ¿es que podré contar *avec mes couplets?*

CARL. Sin duda, señorita. ¿Quiere usted indicarme algo sobre el tipo que desea usted interpretar?

ROS. El que usté querrá. Un monológo picaguescó.

CARL. Pues hoy mismo haré el boceto, y mañana tendré el gusto de llevárselo á donde usted me indique.

ROS. (Levantándose.) ¿E como pagarle...?

CARL. (Idem.) Con la amistad qúe espero merecerla.

ROS. (Tendiendo la mano.) Somos amigos. (A JUAN.) Y de usté también, caballego.

JUAN (Estrechando la mano de ROSINA.) Deseo que se me presente una ocasión en que poder serla útil.

ROS. Un caballego es utíl paga una dama en todo momento. Anoche me ha hecho un lindo segvicio un joven hombre; él me ha dicho que está teniente, como ustedes: está muy simpatíco. Él se llama... (Recordando.) *Il s'apélle...* Martín Aguilegá.

CARL. } (Sorprendidos.) ¡Martín!
JUAN }

ROS. *Oui, mais* ¿que és, que ustedes extrañan?

CARL. ¿Un joven que acompañó á usted hasta la puerta de su casa y al cual usted dió una jaula con...?

ROS. *Avec un pigeonneau. Mais* ¿cómo ustedes saben...?

CARL. Está usted en la casa de su feliz acompañante de anoche.

ROS. (Muy alegre.) ¿Es verdad?

JUAN Sin duda.

ROS. *Quel hasard!*

JUAN Martín Aguilera vive con nosotros!

ROS. *Alors, mon pigeonneau* está él aquí.

CARL. (Aparte.) Sabe Dios donde estará el *pigeonneau.*

ROS. Si ustedes querrian que yo le viese.

JUAN (Tartamudeando.) Sí; pero és el caso...

CARL. Según eso, usted es Rosina.

ROS. Es así que ellos me dicen, la *belle* Rosina. *C' est mon* nombre de guerra. *Mais moi, je ne m' apelle que Barthélemy; et mon pigeonneau il s' apelle Pití.* ¿Donde está? *Pití,* ¿dónde está?

JUAN — Mire usted, Rosina... el pobre Pití...
ROS. — ¡Que!
JUAN — (Vacilando mucho.) La pena de verse solo....
CARL. — (Idem.) Y el cambio de habitación...
ROS. — ¿Que és lo que le ha pasado? *¡Mon Dieu!*
JUAN — El pobrecito Pití... ha fallecido hace una hora.
ROS. — (Muy mimosa.) Oh, *le pauvre Pití!... Quelle angoisse!... Il etait si joli...*

(Silencio angustioso.)

CARL. — (Por decir algo.) Ahí tenemos la jaula vacía: pensábamos colocar otro palomo en su lugar.
ROS. — Yo lo habría conocido. *Il y avait* mi nombre en un ala.

(Nuevo silencio. El mismo juego.)

CARL. — (Llamando.) ¡Cicerón!
ROS. — Yo pensaba que lo cuidaría bién. Martin és un ingrato.
CARL. — Puedo asegurar que Martín hizo cuanto pudo por evitarlo.
JUAN — Pero le fué imposible.
CICERÓN — (Presentándose.) Manden ustés.
CARL. — Trae la jaula.
CIC. — (Aparte.) ¿Que le traigo yo ahora?
CARL. — ¡Vamos! ¿Que haces ahí? ¡La jaula!
CIC. — (Sin moverse.) Sí, señor: la jaula.
CARL. — (Incomodado.) ¿Que esperas?
CIC. — Nada... es que... Nada; allá voy. (Mutis.)
CARL. — (A ROSINA.) Estos muchachos, en cuanto ven personas estrañas, se aturrullan de un modo...
CIC. — (En la puerta, decidiéndose á cantar de plano.) Pues... misté, mi tiniente: la jaula no paece. Yo la dejé encima del fregaero cuando saqué el palomo pá echálo en la cazuela...
ROS. — *¿Comme?* ¿Cazuela?
CIC. — Y la jaula ha desapareció de allí tan y mientras que guisábamos el palomo.
ROS. — (Desesperada.) Han guisado á *mon Pití*! *C'est* intolerable... intolerable. (CARLOS y JUAN pretenden disculparse.) Es inutíl. Yo me tengo la culpa, por *avoir* dado *mon pigeonneau* á un desconosidó.
JUAN — Tranquilícese usted, Rosina.
ROS. — Es un lance de muy mal gusto.
CARL. — Nosotros explicaremos,...
ROS. — *Il y a des chosses que n'ont point d'explication.* (Transición.) Esta vez he sido yo burlada.
CARL. — ¡Burlada!...
ROS. — (Tranquila y sonriente.) Es mi costumbre: cuando un joven hombre me aprocha, le doy un pajáro, rogandóle de conservarlo unos dias, y cuando lo devuelve le riño por venir enfermo *le pigeonneau*.

(CICERÓN se marcha á una señal de CARLOS.)

CARL. — ¡Vaya un procedimiento!

JUAN	Y otras veces ¿le han cuidado á usted el palomo?
ROS.	*Presque toujours. Mais* esta vez se lo han comido ustedes.
JUAN	¡Ay, señora! ¡Nosotros no!
CARL.	Fué un accidente casual. Uno de los asistentes dejó caer la jaula por la escalera, y el animalito se murió.
ROS.	¡*Le pauvre*!
CARL.	Y dimos permiso á los asistentes para que lo comieran.
ROS.	*Mais* tengo que geñir á Martín...
CARL.	Insisto en que él no tiene la culpa.
JUAN	No: realmente la tenemos nosotros.
ROS.	*Alors*, ustedes creen que debo perdonarle?
CARL.	Sí, Rosina. Perdónele usted. **(De rodillas.)**
JUAN	Perdón para Martín, Rosina. **(Idem.)**
ROS.	**(Muy jovial.)** Bien. Todos restan perdonados.
CARL.	**(Levantándose.)** Mil gracias en nuestro nombre y en el de Martín.
JUAN	**(Idem.)** Buen desengaño le espera. Estaba tan enamorado de usted...
ROS.	Enamogado, y pegmite que se muega *mon Pití...* **(Pausa corta.)** ¿Que hora és? **(Consultando su relojito.)** Mi reloj está pagada.
CARL.	Los nuestros también están parados.
JUAN	**(Aparte.)** Pero no pagados.
CARL.	**(Que por el balcón ha consultado con el firmamento.)** Poco más de las once.
ROS.	**(Alarmada.)** ¡*Onze heures*! ¡*Mon dieu*! Me esperan. *Adieu, au revoir.* **(Despidiéndose.)** Ustedes me enviarán la jaula cuando la encuentren.
	(El coronel ROLAND se ha presentado á la puerta un momento antes de terminar la última frase de ROSINA. Trae en una mano la jaula; en otra el sombrero.)

ESCENA X

ROSINA, CARLOS, JUAN y ROLAND.

ROLAND	**(Desde la puerta.)** No és preciso que la busquen. Aquí está.
ROSINA CARL. JUAN	**(Simultáneamente. Sorprendidos.)** ¡*Henry*! ¡El coronel! ¡*Tableau*!
	(Cuadro. Pausa.)
ROL.	Un amigo de todos ustedes: pero que necesita una explicación. ¿Quién de ustedes está loco?
CARL.	¿Locos? Todos, mi coronel.
ROL.	¿No está usted loco?

CARL. ¿Yo? No, señor... Es decir, que yo sepa...

ROL. Entonces... ¿qué historias me ha contado don Lucas?

CARL. ¡Ah! ¡Don Lucas! Yo le explicaré...

ROL. Perdone usted: me urge más otra explicación. (A ROSINA.) Señorita: ¿podría usted explicarme como ha venido aquí esto? (La jaula.)

ROSIN. (Muy zalamera.) *Pardon, cheri. Je vais t'expliquer. Ce n'est pas qu'une petite plaisanterie. Tu sais bien que je t'aime...*

ROL. (Dándose por convencido. Aparte á ROSINA.) Ingratona: juegas demasiado con mi cariño y conmigo.

ROSIN. *Avec toi, non...*

ROL. Bueno... (A todos.) Quedamos en que no es cierto lo de la locura.

CARL. No, señor; fué una broma que nos ocurrió dar al casero.

ROL. Para no pagarle el alquiler.

JUAN No, señor; que como hoy es Carnaval...

ROL. Ya están ustedes buenos. ¿Y Rosina?

CARL. Vino con la recomendación de usted.

ROSIN. Y resto bien contenta de las atenciones de este caballego.

CARL. ¿Pero como ha ido á parar la jaula á sus manos, mi coronel?

ROL. Que se lo explique á usted su asistente.

JUAN Esto es un enredijo de dos mil diablos.

CAR. Que yo quiero aclarar para satisfacción del coronel.

ROL. No es necesario. Ya hablaremos en otra ocasión; por ahora me basta con lo que he visto y oido. Sé que són ustedes unos perfectísimos caballeros; sin pizca de formalidad, pero unos caballeros. Tanto, que espero verles esta noche en el baile de la Zarzuela. Cenaremos los cuatro.

ROSIN. ¿Y Martin?

ROL. ¿Qué Martín?

CARL. El teniente Aguilera, mi coronel. Vive con nosotros.

ROL. ¡Ah, sí! (A ROSINA.) ¿También conoces á ese púa? (A CARLOS.) Invítenle en mi nombre.

CARL. El caso és que nosotros no podremos... (Alude al traje.)

JUAN En efecto: no podremos... (Alude á los vacíos bolsillos del chaleco.)

ROL. Comprendo. Dénme una cuartilla.

CARL. (Llevándole á la mesa.) Aquí, mi coronel. (Le ofrece papel y pluma.)

ROL. (Escribe.) ¡Pobres muchachos!

JUAN (Aparte á CARLOS.) ¿Qué escribirá?

CARL. (Id. á JUAN.) Una orden de fusilamiento.

ROL. (Entregando á CARLOS la cuartilla escrita y doblada.) La invitación para el baile.

CARL.
JUAN } Gracias; mi coronel; mil gracias.

ROL. Hasta la noche. (A ROSINA.) ¿Vamos? Abajo tengo el coche.

ROSIN. Yo quisiera mejor de ir á pié.

ROL. Como gustes. Ustedes, señores, tendrán la bondad de enviarme la jaula al hotel.

ROSIN. (Saludando á JUAN.) He tenido un grán placer.

JUAN A sus piés, Rosina.

ROSIN. (Id. á CARLOS.) No olvidará usted mi encargo...

CARL. Es usted excesivamente hermosa para...

(Saludos. Salen todos. ROSINA del brazo del coronel. JUAN se adelanta. CARLOS les sigue. Vuelve á escena leyendo la cuartilla.)

ESCENA FINAL.

CARLOS y JUAN. Luego MARTÍN.

JUAN (Entrando detrás de CARLOS.) ¡Já, já, já! Pobre Martín.

CARL. ¡Cielos! ¡Que veo!... ¡Olé los coroneles!

JUAN ¿Que te pasa?

CARL. ¡Casi nada! El pasmo de Sicilia! Lée, y muérete de alegría.

JUAN (Leyendo.) ¡Una orden para el cajero!... ¡¡Trescientas pesetas!!

CARL. Para los trés.

JUAN Ahora sí que creo en la providencia. Tienes razón. Olé los coroneles á la moderna! Propongo que nos bebamos á su salud una botella de champagne.

CARL. Aceptado. *Veuve Cliquot, Ponsardín.*

JUAN ¡Trescientas pesetas!

CARL. Vamos á negociar este documento, y lo primero á sacar los fracs.

JUAN Tenemos que regalar unas flores á Rosina.

CARL. Y reserva algo para mañana.

JUAN Mañana... Dios proveerá.

CARL. La cuenta del perdido. (Buscando entre las papeles de la mesa.)

JUAN La única que podemos hacernos.

CARL. (Leyendo un papel.) La cuenta del zapatero.

JUAN La pagaremos. Me siento generoso. ¿Cuanto és?

CARL. Setenta y nueve pesetas.

JUAN Pues se me acabó la generosidad.

CARL. Lo que no encuentro són las papeletas del frac.

(Sigue buscando. MARTIN entra precipitadamente. Trae en las manos un pichón igual al que se han comido los asistentes.)

MART. (Muy alborozado.) ¡Albricias! ¡Eureka! Ya tenemos palomo; y dinero; mirad: diez duros... menos dos pesetas.

JUAN Pues eres un *méndigo.*

MART. ¿Pero no os alegrais?

JUAN Mira. (Le enseña la orden del coronel.)

MART. (Deslumbrado.) ¡Sesenta duros! ¡Ay, Rosina: cuanto vamos á divertirnos esta noche! Porque yo la busco...

CARL. Y la encontrarás: seguro...

MART. (Casi extasiado.) ¡Cuanto vas á gozar, adorable Rosina!

CARL. Sí: con su...

MART. ¡Con su Martín de su alma!

JUAN No: con su Henry de su corazón.

MART. ¿Eh?

JUAN Nada: que el coronel Roland ya no manda el cuerpo á que pertenecemos.

MART. ¿Ha ascendido, por fin?

JUAN Ahora manda en otro cuerpo, más jaracandoso.

CARL. (Que se ha asomado al balcón. A MARTIN.) Ven, mira. ¿Vés aquella parejita de tórtolos que ván por la acera de enfrente? A ver si los conoces.

MART. (Se acerca al balcón. Mira haciendo pantalla con las manos. Vuelve precipitadamente; registra los estuches de las bandoleras, hasta encontrar unos gemelos de campaña. Corre con ellos al balcón, y mirando á los tórtolos exclama:) ¡Cielos! ¡Rosina del brazo de mi coronel! (Cae cómicamente desmayado en los brazos de sus amigos. El palomo se escapa de entre sus manos.)

TELÓN

NOTA.—La actriz encargada de representar el papel de ROSINA puede, si así lo prefiere, hacerse traducir todas las frases que sean para ella de difícil pronunciación, dejando en francés aquellas palabras que constituirían la característica del discurso de una parisina que, conociendo perfectamente el español, recordase constantemente los modismos y los giros de su gracioso habla.


3 0112 117479045